

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

11

JULIO-SEPTIEMBRE

1943

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOCHF

H. señor Secretario General:

DR. SAMUEL RAMÍREZ MORENO

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo Garcia Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país. \$7.00

Exterior. dls. 2.00

Número suelto. \$2.00

Número atrasado. \$3.00

Sumario

FILOSOFIA		Págs.
W. Dilthey	<i>La esencia de la Filosofía (I)</i>	11
Eduardo García Máynez	<i>El Problema de la Libertad Moral en la Etica de Hartmann</i>	39
Rodolfo Mondolfo	<i>La Etica Antigua y la Noción de Conciencia Moral</i>	65

LETRAS

J. Ignacio Dávila Garibi	<i>Algunas disquisiciones acerca del vocablo "Tapatio"</i>	91
José Luis Martínez	<i>Vida del Libro</i>	111

HISTORIA

Alfonso Reyes	<i>Un Paseo por la Prehistoria (I)</i>	127
Rafael Heliodoro Valle	<i>Algunos Franceses en México</i>	153

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Filosofía

Joaquín Xirau	<i>Teoría del Estado.</i> (Hermann Heller.)	163
-------------------------	---	-----

	<u>Págs.</u>
Luis Recaséns Siches	<i>El secreto del bien y del mal.</i> (José Romano Muñoz.) 167
 <i>L e t r a s</i>	
Agustín Millares Carlo	<i>Anuario Bibliográfico Mexicano 1940.</i> (Julián Amo.) 173
Ferrán de Pol	<i>Mi tía Carolina Coronado.</i> (Ramón Gómez de la Serna.) 174
Agustín Millares Carlo	<i>Disquisiciones Bibliográficas.</i> (Juan B. Iguíniz.) 176
 <i>H i s t o r i a</i>	
Ferrán de Pol	<i>Enciclopedia de la Música.</i> 179
Rafael Heliodoro Valle	<i>Polonia, los Eslavos y Europa.</i> (Edmundo Stefan Urbański.) 181
Noticias	183
Publicaciones recibidas	187

Vida del Libro *

Para llegar hasta este lugar, adonde se me ha invitado para que discorra por algún tiempo y sobre alguno de los infinitos temas de que es posible hablar, habéis cruzado por una pequeña ciudad diferente a aquella otra en que vivimos. Porque esta ciudad vive con un destino radicalmente diferente y, antes que desear encadenarnos a horarios, a cumplimientos, a labores, quiere que nos llevemos de ella unas horas de ciencia o de sueño, una cápsula que puede comunicarnos con los mejores instantes del entendimiento humano. Ciudad ésta, cuyo único destino son los libros. Ciudad del libro. ¡Casi increíble creación de nuestro tiempo! Para convencernos de ello, bastará que tratemos de mirarla con unos ojos extraños, unos ojos de otro mundo. ¿Qué nos ocurriría entonces? Supongo que la más confusa admiración necesitada de una enorme cantidad de explicaciones que a nosotros nos parecerán obvias. Tratemos de imaginar esta explicación para el lunático o el marciano de nuestra terrestre ciudad del libro: Los habitantes de este mundo no se contentan con vivir, sino que, además, quieren pensar sobre esa vida suya. La describen, la reducen a leyes, la interpretan, quieren investigar sus secretos y sus fundamentos y aún, no contentos con ella, la recrean y forjan otras vidas y otros mundos imaginarios. Pero no es esto todo. ¡Si al menos les bastara con estas faenas ya por sí tan inexplicables!, porque, luego de emitido su pensamiento quieren comunicarlo a los hombres por todos los medios posibles; desde el todavía natural coloquio, hasta el soliloquio y estas antinaturales charlas de un so-

* Conferencia pronunciada el día 1º de mayo de 1943 en la "Feria del Libro" de la ciudad de México.

lo egoísta personaje que son las conferencias, los sermones y los discursos. Y aún nos falta el colmo. Porque temerosos de que ese precioso pensamiento suyo —del que siempre se cree que habrá de ayudar a los hombres a orientarse en el mundo— se pierda, lo arrastre un viento distraído o una ráfaga de olvido, sospechando siempre que nuestros interlocutores están más ocupados en sus propios asuntos domésticos que en nuestras reflexiones; imaginando que no sólo a ellos sino también a los hombres lejanos, hasta los cuales no alcanza nuestra voz, les es necesario escucharnos, con todos estos plurales y desmesurados celos, nos impulsamos los hombres a una operación que poco a poco va siéndonos indispensable y, ansiando la fijación, la eternización de nuestro espíritu, consignamos nuestro pensamiento por medio de la escritura. Luego, habría que continuar nuestra explicación al asombrado extranjero con una mesurada historia de la escritura y del libro, relatándole, por una parte, la evolución de los signos desde los ideogramas y las representaciones más arcaicas hasta las letras —cuidando de no internarlo en esos vagos y endiablados sistemas que son la telegrafía, la taquigrafía, los métodos de escritura de los ciegos y todos los innumerables sistemas de señales— y, por otra, los pasos sucesivos de los medios de conservación de la escritura, pasos que habrán de ir, desde las antiguas inscripciones en cavernas y tumbas hasta la invención de la imprenta, pasando por los variados métodos de escritura: el papiro, las tablillas enceradas y aquellas tablillas de oro que Kublai-Kam dió como salvoconducto al eficaz viajero Marco Polo, y los pergaminos muy cercanos ya a nuestro actual papel. Claro que, para evitarle mayores confusiones, nos abstendríamos de extender nuestra sabiduría en las descripciones de los útiles de la escritura, como se dice en la escuela, tinta y plumas, lápices, estiletes, plumas-fuente y, mucho menos, máquinas de escribir y mecanógrafas. Otro tanto convendría hacer respecto a las condiciones y especies de los libros. Porque nuestro extranjero, después de todo este proceso, abundará en objeciones e incomprensiones y más nos valdrá reservar nuestro tiempo para defendernos de ellas.

* * *

En verdad, nada nos sería más difícil de explicar satisfactoriamente que un libro, ni siquiera parecido físicamente a cualquier cuerpo natural. Los primitivos papiros y pergaminos se guardaban arrollados, lo que aún,

de alguna manera, podía recordarnos las superpuestas cortezas de un árbol, una encogida hoja de otoño o el simple envolverse eterno de las olas. Pero un libro es ya rigurosamente incomparable; es ya una pura creación humana, antinatural, intelectual. No tiene nada en común con la naturaleza, no parte de una imitación ni de un aprovechamiento ni de una prolongación de lo ya dado. Un automóvil o un aeroplano son, en este sentido, más lógicos, más naturales, y también más explicables. Podemos reconstruir su proceso: el dinosaurio antediluviano, el caballo y el asno, la tracción humana o animal en los palanquines o en las andas, y luego, la invención de la rueda con su ciclo iniciado en la carreta y terminado en los medios modernos de locomoción, son los estadios de lo que podemos llamar la ascendencia del automóvil. Y, por lo que toca a los aeroplanos, bástanos recordar aquellos precursores esquemas de Leonardo, que trataba de aplicar la técnica del vuelo de los pájaros al hombre, añadiéndole unas nostálgicas alas, para imaginar el proceso de esa evolución, de ese desprendimiento de la naturaleza. Alfonso Reyes ha rescatado del olvido un peregrino librito llamado *Si el hombre puede artificialmente volar*, que nos ilustra de una etapa de este sueño del vuelo que antes he llamado nostálgico, por cuanto tiene de añoranza de la naturaleza angélica y volátil que hemos perdido. A fin de cuentas, concluimos que el hombre se ha salido con la suya, con su capricho o su nostalgia y ha vuelto o comenzado a volar a imagen de los aún no pecadores pájaros, robando minuciosamente sus secretos aunque no la totalidad ni la gracia de su arte (¿es posible un vuelo más hermoso, más gentil y esbelto, más reposadamente solemne que el del "zopilote" mexicano, cuyas tristes faenas terrestres se olvidan ante su belleza en el aire?) Todos estos pasos intermedios, decía, nos explican con mucha precisión los momentos que han ido cruzando los inventos humanos. Estos pasos intermedios nos los hacen, también, naturales de alguna manera. Pero, en cuanto al libro, que es lo que ahora nos interesa tratar, no es posible establecer esa evolución; porque los libros, como antes decía, se quedan aislados en sí mismos y sin ningún árbol genealógico posible a partir de su aparición. Sus historiadores pueden ilustrarnos de sus transformaciones, de las diversas técnicas que se han empleado en su confección, tan enriquecidas a partir del momento de la invención de la imprenta en los albores del Renacimiento, pero nada podrán decirnos de las raíces naturales a que respondan. Ellos, no están sino nacidos de la sola inteligencia del hombre, de su invencible ansia de inmortalidad, y esta es una ascendencia más ilustre que ninguna, porque, si no

parten de la naturaleza, si no aprovechan ninguna creación espontánea del mundo, nacen del puro afán del pensamiento humano y son, los libros, una de sus más íntimas y decisivas creaciones.

Pero ¿no nos ofrece ya esta meditación preliminar uno de los más ricos temas sobre los que es posible discurrir ante vosotros que, cotidianos habitantes de este extraño mundo y hoy visitantes de esta aún más extraña ciudad del libro, no requerís ya para fortuna mía estas explicaciones? Ciertamente, pienso que tomar por tema de estas palabras a la propia vida de los libros, es tomar uno de los temas más seductores, pero también más arduos. Y sin embargo, casi todo cuanto de ellos pueda deciros, apenas será otra cosa que la repetición de unas nociones y unas relaciones apenas novedosas.

* * *

La vida de los libros se nos ofrece en principio partida en tres etapas muy bien diferenciadas. Abarca la primera aquel proceso inicial de su escritura, desde los primeros estímulos que mueven al presunto escritor hasta el acto de la entrega del manuscrito al también presunto editor. Acompañar los infinitos pasos intermediarios, el complejísimo proceso de la creación de una obra, nos ofrecería el espectáculo del laborioso nacimiento de un cuerpo articulado, viviente y, muchas veces, hermoso. Pero saber conducirnos hasta la intimidad de esta etapa, requeriría una penetración y una experiencia singulares. La segunda etapa se inicia en el momento mismo en que el editor recibe el manajo de cuartillas e inicia el proceso de su confección en libro. El papel usado, los tipos de imprenta, la ilustración, la formación tipográfica y el diseño general serían algunos de los capítulos de esta etapa en la que no habría que olvidar las faenas del linotipista, del corrector de pruebas, del formador, del impresor y del encuadernador, de cuyas manos el libro pasa ya directamente a las del librero intermediario. Y quien quisiera disertar sobre esta etapa de la vida del libro, habría de ser, naturalmente, un hombre del oficio, un maestro tipógrafo. Yo no lo soy. Mas cuando este maestro tipógrafo, sabio en realizar su libro y capaz quizá de discurrir sobre su oficio, entrega su hechura al librero y de este poseedor transitorio pasa a otro poseedor más constante —salvo las imprevisibles desventuras o ligerezas que pueden desposeerlo— que es el comprador y el probable lector, el libro ha

ingresado a su tercera y decisiva etapa, al campo mismo de su destino, que es el ser leído, o cuando menos, poseído. Y a esta tercera vida, cuya naturaleza a todos es accesible, a estas variadas circunstancias que nos ofrecen los libros, como cosas primero, como lectura después y al fin como moción humana, como testimonio y como acción viva sobre nuestra vida, es a la que quiero dedicar estas palabras.

* * *

La primera circunstancia que nos ofrecen los libros, antes de que nos sea posible considerarlos como meras cosas, es el hecho de su adquisición, es decir, las diferentes maneras por las cuales vienen a ser poseídos por su presunto lector. Innumerables son estas maneras de adquisición, tantas como las veces que cada uno de los lectores compra un libro, y tantas, también, como los variados tipos de lectores. Venimos a poseer un libro porque lo heredamos, porque se nos regala por su autor o por su lector, porque lo compramos o porque lo robamos. Pero en cada una de estas maneras, caben abundantísimos matices determinados por mil azares y por la cualidad misma del sujeto. Hay el comprador incidental, cuya esporadicidad puede estar determinada por multitud de circunstancias, y el comprador constante que a su vez puede serlo por pura afición, por curiosidad, por exigencias profesionales y, en el más frecuente de los casos, por vicio. Ya Valéry Larbaud comentaba deliciosamente *Ce vice impuni, la lecture* y, tanto como de ella, fuera posible hacerlo del simple y llano y menos comprometido comprar libros, vicio funestamente más constante que la lectura de esos libros. Hay, todos lo sabemos, personas que adquieren una biblioteca entera sólo para completar el mobiliario de su casa; estrellas cinematográficas, boxeadores y diputados han existido que encarguen medio metro de libros con tejuelos verdes o encarnados, imprescindibles para el ornato de uno de sus salones, o que, más congruentemente, disimulen unas botellas de licor en una caja cuyo frente ostenta unos severos tejuelos, a lo mejor de las *Vidas paralelas* de Plutarco o de las *Obras* de Aristóteles. De gentes así, como del Burlap de *Contrapunto*, será el reino de los cielos. Pero contentémonos, la especie del comprador-de-libros-lector aún no se ha extinguido del todo. Nosotros mismos, uno a uno, quizá lo seamos de vez en cuando espoleados por una rara insinuación o por una invencible curiosidad y simpatía para algunos nombres, aunque,

muchas otras veces, no seamos sino viciosos coleccionistas o aprendices de bibliófilos.

Antes he dicho "rara insinuación" e "invencible curiosidad", aludiendo a los móviles de la lectura y, ciertamente, si para los buenos lectores basta un título y el nombre de un autor, para muchos otros, menos buenos lectores, estas insinuaciones han de engrosarse con el aspecto mismo del libro, su carátula, su lomo y sus ilustraciones. Y con ello estamos ya en la consideración de los libros como objetos.

¿Qué clase de objetos? Si prescindimos de las extravagancias cometidas con tan singular constancia, los libros han mantenido desde muy remotos tiempos ese aspecto de cajas rectangulares y más o menos aplastadas, conteniendo un manojo de hojas impresas en algún idioma terrenal y sujetas por uno de sus lados al interior del lomo del libro. Pero, dentro de estas características, que pudieran ser la definición de un libro por su aspecto exterior, las variaciones pueden ser infinitas. Fabulosa yedra con brotes de todas especies y calidades, infinitamente multiplicable e invasora, los libros crecen y disminuyen, se atersan y encrespan, se adornan o desnudan con una incontenible decisión de nacer nuevos cada día. Y sin embargo, hubo una época en que, como la misma costra de la tierra, presidía a los libros la sombra de su indistinción que, nada remisa a ganar sus propias formas, fué poco a poco proliferando en ramas que iban dibujando sus tipos. Los viejos infolios fueron reduciéndose a los 4º, a los 8º, a los 12º, y ya surgida la imprenta, por el Renacimiento, las novelas de caballerías podían esconderse en los bolsillos de los faldones y en los cestillos de costura de aquellas fantásticas dueñas enternecidas hasta las lágrimas con las andanzas del Amadís. Nada más natural, entonces, que destinar un vehículo pequeño y ligero a unas poesías o a una novela, buenas para leerse a ratos o en un melancólico viaje, y que destinar uno mayor y más pesado a los solemnes tratados, ya fueran de teología, cetrería o astrología, que habrían de ser leídos en el recogimiento de una celda y sostenidos por el grave fascistol, o en la desolación de una cueva a donde se hubiera retirado el ermitaño lector. Y esta espontánea necesidad de acordar el volumen con el contenido, fué originando poco a poco la tipificación de los libros que, comenzando por ser sólo en el volumen y dimensiones, fué propagándose hacia el aspecto interior y las características de aquellos libros. Pero, con ser esta diferenciación por contenidos muy importante, existió otra quizá más decisiva, y ella es la exigencia de acomodo-

dar los libros al ritmo mismo de la vida de cada época. Contemplemos por un momento la evolución de los libros españoles. Los volúmenes de los siglos XVI, XVII y XVIII, graves, sólidos, encuadernados en el rugoso pergamino primero y luego en el fuerte cuero de becerro, ni tan fastuosos como los libros franceses, pero ni tan desnudos que no los embellecieran las sobrias ilustraciones, las justísimas composiciones tipográficas de las portadas y los interiores y las finas capitulares, parecen llamarnos a una lectura lenta, que los mismos gruesos y pausados tipos y aún la calidad misma de los escritos, determinan, quizás en voz alta, y mejor, descansados en un pesado sillón. En cambio, los libros del siglo romántico están hechos para la contemplación y para el ensueño. Los adornan magníficos retratos en litografía, ilustraciones, frisos, cul-de-lampes y de nuevo capitulares, pero ahora más aéreas y esbeltas que aquellas de los libros de pasados siglos. Son buenos para leerse caminando por el campo o para sostenerlos con una mano abandonada que señala aún con el índice el momento en que fué suspendida la lectura para entregarse a la meditación o para atender al pintor que habría de fijar al lector interrumpido y todavía náufrago en su sueño. Mas, ya desde el siglo XIX, han comenzado a aparecer unos libros huérfanos de esta noble prestancia de las encuadernaciones. Son ya los libros que llamamos "a la rústica" y que, al advenir nuestro tiempo, habrán de ser los más comunes. Su explicación parecerá innecesaria. Época de la velocidad ha llamado Paul Morand a la nuestra y, siéndolo, no podría soportar sino los libros más leves y transitorios que no obstruyeran su frenesí. Nuestros libros están hechos congruentemente para guardarse en el bolsillo, en el portafolio o bajo el brazo, y para leerlos, no ya sobre un fascistol o discurrendo a la ventura por el campo, sino en un tranvía o en una sala de espera. Dúctiles, pues, a cada tono de nuestra vida, los libros han ido vistiéndose como de la propia calidad de nuestra alma y como a la medida de nuestra variable naturaleza. Toda humillación les sería soportable con tal de seguir existiendo y con tal de estar siempre junto a nosotros.

* * *

Tal evolución, con ser de manera general aplicable a todos los países, reviste en algunos de ellos características y matices dignos de recordarse y que no están exentos del carácter mismo del pueblo de donde parten.

Desde luego, puede señalarse esta significativa peculiaridad: mientras los países sajones y germanos, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, gustan de los libros sólidos, de gran formato y encuadernados, los países latinos, Francia, España, Italia, Hispanoamérica, prefieren de un modo general, los ligeros libros sin encuadernar, a la rústica y de menores dimensiones. Antes que engrosarlos, se les alarga y aplana hasta convertirlos en leves cuadernos de amplia composición tipográfica, sobrada de espacios. Pensemos en la gustosa proliferación que en nuestros países tienen las llamadas "plaquettes" que, aunque de invención francesa, han pasado a ser hechas nuestras. Y este carácter de los pueblos impreso en sus libros, se extiende aún a otras peculiaridades. Francia imprime sus libros en un tamaño y en un formato ya tradicional e invariable, el 8º, sea cual fuere la casa editora y la naturaleza del libro (excepción hecha, claro está, de los tratados, manuales, libros de lujo, etc., que toman las dimensiones y características más variadas). España, con menor uniformidad, hace más o menos lo mismo. Los Estados Unidos e Inglaterra, por lo contrario, prefieren el 4º para sus volúmenes corrientes, lo mismo que Alemania, aunque unos y otros no dejen de producir esos leves tomitos en 8º en que hacen circular sus también leves creaciones. ¿Y México? Cuando Alfonso Reyes muestra su biblioteca, al llegar a la estantería mexicana dice: "Y aquí tiene usted la *Rusticatio mexicana*", aludiendo a la incontrolable libertad que distingue a esos libros, verdadera fosca selvática en donde ningún capricho es extraño.

Pero esta tendencia a la uniformidad no ha existido desde siempre. Su nacimiento puede fijarse con exactitud en el siglo XIX y simultánea a la aparición de las casas editoras. El solo esfuerzo de los antiguos impresores difícilmente podría sostener una dirección en sus publicaciones, ya que le era preciso contar con lo que viniere. Pero, cuando se establecen empresas y sociedades editoras, se hace ya posible un plan determinado. Con el siglo XIX nacen, pues, las series, las "bibliotecas", las colecciones, las obras completas y los libros muy extensos. Aparecen también por esos años casas editoras dedicadas a la obra de un grupo o de una escuela literarios; en Francia, "Lemerre" imprimitá los libros de los parnasianos, "Mercure de France" de los simbolistas, "La Nouvelle Revue Française", "Grasset" y "Stock", entre otras, las obras de la literatura contemporánea; "Revista de Occidente", "Calleja" y "Cruz y Raya", en España, serán las casas editoras de la nueva literatura.

¡Y qué infinita variedad cabe mencionar todavía! Otras dos divisiones fundamentales podrían formularse, por ejemplo, para separar las ediciones de obras consagradas de las ediciones primeras de libros recientemente escritos. Entre los primeros, figuran los grandes volúmenes suntuosos e ilustrados que se destinan, más que a la lectura, a la contemplación y a la ostentación; los tomos de una colección de clásicos, respetables cementerios de la cultura escrita de los pueblos; los tomos de obras completas, atestados de anotaciones y prefacios; las reproducciones facsimilares, ilegibles pero siempre un timbre de orgullo para su poseedor; los textos críticos venerables con sus variantes y comentarios; las antologías, de tantas suertes realizables, y, en fin, esa clase baja que son las reediciones populares, comerciales, fraudulentas y más o menos irrespetuosas de la alcurnia de los textos. En cuanto a la otra porción, la de los libros aparecidos por primera vez y de escritura reciente, las variedades no son menos. Hay el simple tomito, de formato tan variable como el gusto del impresor y los caprichos del autor, que puede estar a su vez ilustrado o no; hay la "plaquette" adornada con viñetas y capitulares, ilustrada directamente, tocada a mano si se trata de grabados, firmada por el autor y en edición limitada, muchas veces, hasta el ejemplar único; hay el tomo sobrio de una colección de autores contemporáneos; hay los libros descuidados, venidos a cursis por el colaborado mal gusto de cada uno de los participantes en su confección, y hay, aún, el libro pirata, la edición fraudulenta. Mucho más que para los libros reediciones en estos libros originales se muestran toda la fantasía y los caprichos de sus autores. Quiere cada uno de ellos ser cada vez el más original y aun el más extravagante. Ninguna rareza le parecerá poca y ninguna tradición respetable con tal de superar a todos. ¿Mencionaremos algunos de estos desenfrenos? Quizá nunca podríamos agotarlos y, como ellos son aún nuestro pan cotidiano, más vale ignorarlos para no contribuir a la negación de una de las más nobles tradiciones, la tradición tipográfica.

Porque la belleza tipográfica ha sido, desde el nacimiento mismo de los libros, más que un adorno superfluo, un acrecentamiento de la lectura y del texto mismo: un camino de seducción que nos conduce por medios más hermosos a la propia hermosura del contenido de los libros. De aquí que el deseo de poseer un texto querido en sus vestiduras más nobles, no sea otra cosa que el deseo de poseer un testimonio en sus especies más puras y en su más atrayente ropaje. Camino de seducción que sabe obrar

por maneras diversas, como diversos son los rangos de los lectores a que llaman: unos, responderán a las portadas ilustradas a colores que echan a los ojos amplificadas y engrosadas la materia de la obra, pero a otros más, los ciertos amantes, bastaráles una severa y pulcra composición tipográfica y la autoridad de un nombre que suscriba la edición. Y en este simple hecho, otra vez, se descubre la naturaleza del alma de los hombres que hacen y que leen aquellos libros.

* * *

¿Cuántas maneras de relación existen entre nosotros y los libros? Como en todos los casos semejantes, tantos cuantos libros y lectores y, sin embargo, es posible aislar algunos tipos característicos. En principio, aquellos libros destinados absolutamente a leerse, novelas, poesía, cuentos, ensayos; luego, los destinados a leerse alguna vez y para los que se tienen siempre magníficas aunque problemáticas intenciones; después, aquellos necesarios como obras de consulta en nuestra profesión o en nuestras predilecciones, y, en fin, todo ese enorme cúmulo de los que nunca leeremos y que guardamos por inercia o por gusto para adornar nuestra biblioteca y mostrar a nuestros amigos.

Pero, ya reduciéndonos al caso mismo de la lectura, ¿qué suele ser ella —sustento y función radical del libro— para los lectores? No contemos, para responder a tal pregunta, con los múltiples rangos de los lectores, con esa gradación que comienza en el que lee sin recibir nada y que termina en el más apasionado, sabio, atento y absorto lector. Bástenos contar con un moderado lector, ni desprevenido ni furioso. Ventana de papel hacia el mundo han sido llamados los libros. Ventana de papel, versión de la realidad y aun traducción de la realidad. Por esa ventana de papel un hombre quieto, abismado, mira al mundo y asiste a las nociones del mundo. Lo mira con unos ojos extraños de los que recibe su comunicación, su versión del mundo, y luego hace suya esa versión o se muestra adverso y contrariado con ella. Por esa ventana contempla la intimidad de los pensamientos egregios, cuyos dueños se han quedado en la sombra de los siglos, y recoge de ellos un enardecido sueño, un mensaje vivo, el documento de su doctrina o, simplemente, unas experiencias de las que el lector quiere servirse en su relación con el mundo. En los libros le esperan repertorios de pasiones y sueños, modelos de vida con los que

muchas veces habrá de vestir la suya propia. Y en esa lectura, la mera necesidad quedará siempre atrás sobrepasada por otro afán más oscuro y amoroso que es ya una pura ansia de saber del mundo o de perderse en él, que es ya el quieto sueño de la conquista o de la comunión con el mundo y sus criaturas.

Espíritus egregios nos han legado el testimonio de su pasión por la lectura y el comercio con los libros, y su exaltación del lector, de quien dice Alfonso Reyes que "es cosa tan respetable como un sujeto psíquico que lanza su alma a volar por otras regiones". El mismo Reyes transcribe en seguida unas admirables palabras de San Agustín relatando cómo se abstenía de interrumpir la lectura de San Ambrosio. "Cuando leía —dice el santo obispo de Hipona—, sus ojos recorrían las páginas del libro, mientras su mente se suspendía y concentraba para penetrar el espíritu de las palabras. Entonces descansaban su voz y su lengua. Más de una vez penetré a su cuarto, cuya puerta nunca estaba cerrada para nadie, y adonde todo el mundo tenía acceso sin necesidad de prevenir su visita, y siempre me sucedió encontrarlo leyendo para sí y en voz baja, pero jamás de otra manera. Y tras de haberme sentado un rato, manteniéndome con respetuoso silencio —porque ¿quién, al verlo tan atento, se hubiera atrevido a chistar siquiera?—, me iba retirando poco a poco, teniendo por cierto que prefería usar los escasos ocios que le dejaban en recobrar nuevo vigor, tras el mucho quebranto y las desazones que por fuerza habían de causarle los negocios del prójimo . . ."

Nuevo vigor para el alma encontraba también en la lectura aquel lúcido y atento espíritu que era Madame de Staël. "Esta tristeza árida que nace del aislamiento —escribía en su libro *De la littérature*—; esta mano de hielo que oprime sobre nosotros la desdicha cuando creemos no excitar piedad alguna, no la sentiremos tan grave cuando al menos nos refugiemos en los escritos conservadores de las ideas y de los afectos virtuosos. Tales escritos hacen correr las lágrimas en todas las situaciones de la vida; elevan el alma a las meditaciones generales que libran al pensamiento de las penas individuales; crean para nosotros una sociedad, una comunicación con los pensadores que ya no existen, con los que existen aún y con los hombres que como nosotros han admirado aquello que leemos."

Pero, a fuerza de encontrar en ellos este ánimo para nuestra vida, el comercio con los libros llega a constituirse en una amistad, y en la amistad más pura, como nos lo expresan ahora estas palabras de Marcel Proust. "Sin duda —escribía en sus *Journées de lecture*—, la amistad que

significa una consideración entre los individuos es una cosa frívola y la lectura es una amistad. Pero, por lo menos, es una amistad sincera. El hecho de dirigirse a un muerto o a un ausente, le presta relativo, delicado desinterés. Es, además, una amistad despojada de todo aquello que hace la fealdad de las otras; todas esas cortesías, todos esos falsos saludos en el vestíbulo que llamamos deferencia, gratitud, devoción, con lo que mezclamos tantas mentiras, son estériles y fatigosos.

“En los libros la amistad vuelve, a menudo, a su pureza primera.”

Tres, creía Montaigne, eran los grandes comercios del hombre: el de los amigos, el de las mujeres y el de los libros. Con los amigos buscaba Montaigne el ejercitamiento de la comunicación con las almas; de las mujeres, pensaba que, con ser muy ameno el comercio con las bellas y gentiles, pronto solía convertirse en locura y en afección furiosa e inmoderada; pero, en lo que a los libros toca, encontraba en su comercio su más delicioso placer. “De ellos me sirvo, en efecto —escribe en su ensayo *De los tres comercios, Ensayos*, III, 3—, casi como aquellos que los desconocen; disfruto como los avaros de un tesoro, para estar seguro de que gozaré cuando me plazca; mi alma halla el contento y la calma con ese derecho de posesión. Ni en tiempos de paz, ni en época de guerra dejan los libros de acompañarme, a pesar de lo cual se pasarán muchos días y hasta meses sin que yo de ellos eche mano; los leeré dentro de un momento, me digo, o mañana, o cuando se me antoje; mientras tanto el tiempo corre y se va sin serme oneroso, pues es indecible cuánto me tranquilizo y apaciguo considerando que están junto a mí para procurarme placer cuando lo quiera y reconociendo cuán grande es el alivio que proporcionan a mi vida. Son la menor munición que haya yo encontrado en este humano viaje, y compadezco extremadamente a los hombres de entendimiento que no la echan de menos.” Luego pasa a describirnos gustosamente cómo había dispuesto su biblioteca y cómo se encerraba allí con el más grande regocijo y cómo trabajaba hojeando sin orden ni designio sus libros, fantaseando, registrando o dictando mientras paseaba los “ensueños” que irán a ser sus *Ensayos*, ese breviario de ociosos que decía Disraeli. En su circular biblioteca tenía Montaigne un dominio sustraído a toda invasora comunidad y cuya única comunicación era la que tenía con aquellas sombras ilustres habitantes de sus libros. Allí, en esa recogida soledad del comercio con sus libros, abandonado del todo a su influjo, es donde algunos espíritus se han formado. Otros, ya lo sabemos, han pre-

ferido trasladar la escuela de su educación al bullicio de la calle, pero, en uno y en otro caso, sus mejores instantes perduran hasta nosotros presos en esa red de su escritura nacida en el silencio y la soledad de su alma.

Ciertamente, la influencia que los libros tienen sobre nuestra alma cabe en todos los grados de una escala de considerable amplitud. En esas diversas categorías de la influencia de la lectura importa tanto la naturaleza de los libros como la atención y el espíritu con que nos acerquemos a ellos. Podríamos añadir que importa, también, el índice y el tipo de receptividad del lector; aquellos tipos de escritos para los que su naturaleza esté particularmente destinada. Así, unas páginas pueden despertar impresiones radicalmente diversas según los lectores, y páginas diversas y de pareja calidad pueden mover su ánimo en muy distintos grados. Pero en estas contrarias impresiones de la lectura juega un papel muy importante la categoría misma de esa lectura; el ánimo y la disposición de espíritu con que haya sido hecha. Hay el que lee incidentalmente, por necesidad de apropiarse un dato o por simple azar impremeditado; hay quien lo hace por espontáneo gusto y no tanto por la letra cuanto por el espíritu y, contrariamente, quien lee por obligación, por tarea impuesta, sin gusto ni provecho; muy abundante es el lector vicioso, que suele serlo, ya de cuanto por sus manos pasa o ya de un tipo determinado de lecturas, con mayor frecuencia novelas y mejor novelas policiales o de aventuras; triste oficio el del lector profesional que, comenzando por serlo movido por verdadera inclinación, su oficio le exige una lectura que por atender a las formas, a los valores realizados y a las estructuras del texto, piérdese esa dulce entrega a la evasión, a la fantasía, a la delicia; especie, en fin, si la más alta, muy rara de encontrarse, la del lector por devoción, ni tan espontáneo en su entrega que pierda el paladeo de las formas, ni tan impelido por las exigencias que no pueda detenerse en una página querida u hojear sin designio uno y otro libro; lector éste, sabio y amoroso, apasionado y comprensivo, libre y constante; el lector, en suma, que todo libro desearía.

¿Qué medida preferir, entre todas éstas, para nosotros? Ninguna más que la propia medida de nuestra alma conducida también por la propia medida de nuestra voluntad. Vivir totalmente a través de los libros es tanto cobardía como equivocación, porque con ello no hemos sino repetido actitudes mostrencas y ajenas al propio destino de nuestra alma que hemos renunciado. Vivir sin libros, es vivir sin aliño del espíritu y sin la

posibilidad de continuar el gran esfuerzo de los hombres por vivir más satisfactoriamente; es vivir aislados y sin solidaridad para con nuestra especie. Interpuestos entre nosotros y la realidad, los libros pueden ser a la vez una arma falsa o una previsión, un testimonio saludable. En nosotros está determinarlo. ¿Y a cuántos libros hemos de legar este poder sobre nosotros? Sobre este punto también escucharemos los más opuestos consejos, porque, mientras muchos nos prescriben una curiosidad universal, un cultivo atento de las propias inclinaciones o mil sistemas y guías de lectura, en suma, cierta abundancia, otros más se inclinarán por las lecturas limitadas. En sus recientes *Memorias*, cuenta André Maurois las ideas que sobre la lectura tenía "Alain", maestro admirado de tantos grandes espíritus. "Pensaba —escribe Maurois— que un lector apasionado debe tener un biblioteca limitada y releer cada año los mismos libros. Si bien lo recuerdo, la suya se componía, además de Homero, Balzac y Stendhal, de Saint Simon, de Tácito, de Platón, de Descartes, de Spinoza y de Hegel . . . Nada era más difícil que hacerlo leer un autor contemporáneo."

Pero, sea cual fuere nuestra elección, encontraremos en los libros una nueva amplitud de nuestra alma. No han sido forjados por el hombre sino para mantener las señales más altas de su paso por la tierra, las antorchas más vivas y claras que ha encendido para comprenderse, las más sutiles brumas de sus sueños. Son, los libros —como decía Baudelaire de las grandes obras de la pintura—, el mejor testimonio que el hombre puede dar a Dios de su dignidad.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ